Álvaro Otero
La luz que nos guía

Galaxia Gutenberg

ÁLVARO OTERO

La luz que nos guía

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros).

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2024

© Álvaro Otero, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 11556-2024
ISBN: 978-84-10107-69-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para mi viejo amigo Andrés,
por la larga espera.

Todavía eres joven, no estás domado.
Espera a que te aprieten, y sabrás quién es
el que tiene razón.

Mijaíl Shólojov. *El Don apacible*

PRIMERA PARTE
Sueños de revolución

La Historia estaba a punto de devorarlos, de envolverlos en su torbellino, pero quién podría haberlo imaginado aquella luminosa mañana de verano de 1932, cuando Elena emergió desnuda del mar y caminó hacia las dunas. Carlos la contempló mientras se acercaba. Las gotas resbalan por su vientre como renacuajos dorados. Enmudecido y turbado, recorrió con la mirada el arenal apartado y vacío, temeroso de que alguien pudiese verlos, y se apresuró a alcanzarle su toalla y su ropa, desplegadas sobre las hierbas que crecían en la arena. Ella se puso la ropa interior con un gesto rápido, metió los brazos por las mangas de su vestido estampado y se irguió para hacerlo resbalar por su cuerpo. La tela le cubrió los ojos durante unos segundos preciosos que Carlos aprovechó para observarla fugazmente. El olor de su piel perlada de sal, de sus axilas, le envolvió y le cegó de dolor. Porque su belleza le dolía. Como un hachazo. Como un disparo.

Por un momento tuvo la tentación de recriminarle el gesto demasiado audaz de bañarse desnuda, pero de qué habría servido. Ella lo hacía para reafirmar su carácter revolucionario, para gritarle al mundo que había venido a cambiarlo. Su desnudez era otra forma de lucha.

–¡Arriba! –exclamó, agarrándolo del brazo–. ¡Toca gimnasia revolucionaria!

Atravesaron los campos de maíz a grandes zancadas, acompañados por el rumor de las hojas al rozarle las piernas, por el crujido de la tierra hollada, agrietada por la canícula. Olía a mazorcas maduras, a la leve podredumbre de los días más cálidos.

A lo lejos, entre los eucaliptos, asomó la chimenea de la ladrillera.

–Vamos –resolló Elena–, seguro que Miguel ya nos está esperando.

Dejaron atrás el maizal y entraron en el claro de bosque donde se ubicaba la fábrica. La silueta azul de Miguel, enfundado en su mono de trabajo, se recortaba contra la fachada rojiza. Fumaba con ansiedad y caminaba alrededor de sí mismo. Al verlos, tiró la colilla al suelo y se dirigió a ellos con el ceño fruncido.

–¿Qué coño estabais haciendo? Ya creía que no vendríais.

Elena abrió la boca para decir algo, pero en ese momento salió el capataz de la fábrica con cara de pocos amigos y se encaró a Miguel.

–¿Adónde crees que vas, gandul? –le gritó–. ¡Todavía te quedan dos horas para terminar el turno!

Miguel ni siquiera contestó. Se limitó a hacer un gesto para que continuasen andando, y, juntos, se dirigieron al pueblo. La voz rota del capataz, su retahíla de insultos, los acompañó hasta que encontraron las primeras casas. Sólo entonces, cuando el eco agrio de aquel hombre se diluía en la distancia, masculló Miguel con una sonrisa torcida:

–Anda y jódete, lacayo.

Lucas y María los esperaban en lo que muy pretenciosamente llamaban la *sede del partido*, un bajo lóbrego de apenas veinte metros cuadrados donde guardaban el ciclostil y las octavillas. Lucían en la puerta, con la pintura roja todavía fresca, la hoz y el martillo de hierro que Lucas había forjado a escondidas en la herrería de su padre, que votaba a Lerroux y llevaba muy mal su militancia comunista. María estaba nerviosa. No había cumplido todavía los diecinueve años, tenía un carácter bondadoso e inocente y si participaba de las guerras y obsesiones del grupo era sólo por su devoción hacia Elena. Cuando María dudaba o tenía miedo, como le ocurría ahora, miraba a su amiga como un perrillo faldero observa a su amo,

tratando de adivinar su voluntad, y entonces Elena se tomaba un respiro en su lucha contra el mundo y la trataba como a una hermana pequeña, le daba besos, le acariciaba el pelo, le prodigaba todo tipo de atenciones. Pero ese día no. Ese día, Elena mostraba su gesto más áspero. Porque era día de gimnasia revolucionaria. Día de guerra.

–Venga, vámonos ya, que se nos pasa la hora, –los espoleó la capitana, y sin más preámbulos salieron de la sede y comenzaron a caminar en silencio, concentrados en su misión.

Eran algo más de las doce, el sol caía a plomo y flotaba en las calles un olor a pucheros caseros, mezcla de pan caliente, fritanga y pescado hervido. Los vecinos con los que se cruzaban les miraban extrañados ante el aire marcial que impregnaba su paso. Elena saludaba a todos con un gesto rápido de la cabeza, sin hacer ademán de detenerse ni siquiera cuando se toparon con su abuela, que empujaba una carretilla cargada con sacos de abono. Vestida de riguroso luto a pesar del calor, resollaba como una mártir a punto del desmayo.

–¿Adónde vas, nena? –preguntó, casi sin aliento.

–Ya te enterarás, –contestó su nieta sin apenas mirarla.

Y la dejaron atrás. Por el rabillo del ojo observaron cómo la anciana agarraba con resignación los mangos de la carretilla y retomaba su calvario, pero no sintieron compasión alguna porque la compasión era un sentimiento que entonces les resultaba extraño. Para ellos, sólo era una derrotada, una vencida, una resignada. Una entre millones.

Atravesaron el pueblo de un extremo a otro hasta llegar al caserón de Laura Bolíbar, la mansión indiana reconvertida en escuela de pasantías. La señora Bolíbar había regresado el año anterior de la Guinea Española con su marido, un hombre de una aldea cercana que, siendo adolescente, se había lanzado a la aventura en la colonia africana y había hecho fortuna con el cacao. En su hacienda de Fernando Poo, según se decía, trabajaban cientos de braceros, sirvientes y mucamas. No habían tenido hijos y en diez años sólo habían pasado un verano en el

caserón, así que a todo el mundo le extrañó que hubieran vuelto para quedarse. Sin embargo, el fallecimiento del marido, a las pocas semanas del regreso, hizo evidente que había venido para morir. Todo el mundo supuso entonces que su viuda, de una familia vasca muy linajuda que también había hecho fortuna en la Guinea Española, haría las maletas y regresaría por sus fueros africanos, pero no fue así: días después del funeral, Laura Bolíbar encargó una profunda reforma del caserón, reservó la planta superior como residencia privada y habilitó en la baja una gran aula donde comenzó a impartir clases gratuitas a los niños del pueblo. Su fama de buena maestra pronto se extendió por toda la comarca. A los padres, además, les gustaba que sus hijos aprendiesen buenos modales de aquella mujer tan culta y refinada, así que el número de alumnos fue creciendo mes a mes y en aquel primer verano de funcionamiento estaba llena a rebosar de chiquillos de todas las edades.

Subieron las escaleras del caserón que daban al porche. Vieron la inmensa palmera real que se elevaba en el centro del jardín, los sillones de mimbre de la solana, la mesita de hierro forjado con su encimera de mármol y su juego de té plateado. Del techo colgaban hamacas y maceteros de ganchillo, y las plantas llenas de flores se derramaban por los alféizares. Todo, alrededor, tenía un lánguido y reposado aire tropical.

Se oyeron voces de niños procedentes del interior. Elena pegó la oreja a la puerta de la entrada, mientras los demás aguardaban tras ella con el corazón en un puño. Por fin se echó hacia atrás y de un bolsillo del vestido sacó su gorro frigio, que caló por encima de su ondulada melena negra con un gesto decidido de curtida miliciana. Era el gorro de fieltro y escarapela tricolor que solía llevar en los momentos más solemnes.

–Venga, vamos allá, –dijo, echando mano al pomo de la puerta.

Y allá fueron.

El mismo viento del norte que en invierno arrancaba aullidos al alambre de espino aliviaba aquel día el sopor de la canícula. Se oyó el silbido del tren y a continuación el rumor agitado de los guardias, expectantes ante la imprevisible cosecha del nuevo transporte. Cundía entre ellos el desánimo. Los pródigos convoyes húngaros de primavera, repletos de ropa, joyas y comida, habían sido sustituidos por los paupérrimos despojos de Łódz y Tesalónica. Afanados en sacar tajada al horror, ahora que el repliegue del frente oriental se hacía clamoroso y clamorosa la certeza de una futura derrota, torcían el gesto y su frustración los volvía aún más letales. Corría el verano de 1944, y cada minuto que pasaba era otro minuto ganado a la vida.

Carlos observó a través de la ventana las puertas aún cerradas del interminable convoy. El oberscharführer Höcker, las piernas separadas y el bastón apoyado en el trasero, caminaba por la rampa mientras los guardias y los del *kommando* Canadá tomaban posiciones. Al ruido de órdenes y pasos se sumaba el de los ventiladores recién instalados para acelerar la cremación, porque la fábrica de muerte, tan ajustada y precisa en otros aspectos, seguía siendo incapaz de acompasar el ritmo de los hornos al de las cámaras de gas, y los cadáveres se amontonaban sin remedio, perturbando el ambiente de tranquilidad, de monotonía industrial que Rudolf Höss, el comandante del campo, pretendía conferirle al proceso.

Como miembro del Sonderkommando, entre las funciones de Carlos se encontraba la de calmar a aquellos desgraciados,

de tranquilizarlos, convencerlos de que les esperaba una reconfortante e higiénica ducha. Les aseguraba que al terminar les darían una sopa, les recomendaba que dejasen los zapatos atados unos con otros para evitar que se desparejasen, insistía en que memorizasen el número de los ganchos en los que colgaban la ropa para que después pudiesen encontrarla con facilidad. A Carlos le obligaban a hacerlo así, pero no por compasión, sino por eficiencia, porque a mayor inquietud, menor ritmo de extermino. Ya bastantes problemas había cuando algunos, al atravesar el umbral de Birkenau, escudriñaban el exterior a través de las rendijas de los vagones y descubrían el letrero del campo, las densas nubes de humo que exhalaban las chimeneas, cuando respiraban el aire nauseabundo que lo impregnaba todo en kilómetros a la redonda. Carlos y los demás miembros del Sonderkommando debían, pues, preservar las formas hasta el último minuto. La orden, decían, procedía del mismísimo Himmler. Sólo así podía entenderse que hienas como Grabner se molestasen en tratar con ruda amabilidad, pero amabilidad al fin y al cabo, a aquellas miles de criaturas asustadas, agotadas por años de reclusión en los guetos y el horror de un viaje en vagones de ganado que podía alargarse durante semanas, vagones de aire viciado donde pronto se agotaba el agua y la comida, donde carecían de espacio siquiera para acuclillarse sobre un caldero y evacuar a toda prisa mientras sus compañeros de infortunio hacían hueco como podían, abochornados por la escena y espantados por la hediondez. Convoyes de muerte, vagones que conservaban aún el letrero de *4 caballos, 40 hombres*, pero en el que viajaban más de trescientos hombres, mujeres y niños, y a cuyo paso la gente de los pueblos contenía las arcadas. El secreto, preservar el secreto: esa era la orden tajante, y el que osase contravenirla se arriesgaba a una muerte como la del Sonderkommando al que sorprendieron revelándole su aciago destino a los recién llegados. Lo introdujeron vivo en el horno, para que los demás tomasen nota. Lo único que quedó de él fue una pelvis cha-

muscada, pero a nadie le sorprendió: todos sabían que las pelvis arden muy mal.

Los alemanes estaban obsesionados con culminar la liquidación antes de que los rusos alcanzasen la Alta Silesia. El frente oriental retrocedía cada semana varios kilómetros hacia el oeste, y todos, aunque no se atreviesen a confesarlo, sabían que aquel delirio colectivo tocaba a su fin. Había que engrasar, pues, la máquina del extermino, depurar los procesos internos, evitar los tumultos y trabajar en los hornos a destajo, las veinticuatro horas del día. Höss, retornado a Auschwitz para gestionar la avalancha húngara de primavera, tenía, sin duda, bien presente el fiasco del Dr. Eberl en la primera etapa de Treblinka. Eberl había demostrado gran competencia como médico en la Aktion T4, el programa de eutanasia que había eliminado a miles de alemanes con minusvalías antes de la guerra, pero en Treblinka resultó ser un nefasto gestor. Stangl, el oficial de las SS que le sustituyó, calificó de infierno de Dante lo que allí encontró a su llegada. «Cuando salí del coche en la plaza del campo, la Sortierungsplatz –contaría años después– me sumergí en dinero hasta la rodilla. Caminaba sobre billetes, divisas, piedras preciosas, joyería, ropa esparcida por todas partes, y el olor de los cientos, no, de los miles de cuerpos descomponiéndose, putrefactos, era indescriptible». El desastre llegó a oídos de Himmler y de Heydrich, que cesaron a Eberl y exigieron a los comandantes de los campos que a partir de entonces hiciesen todo lo posible para que los corderos se condujesen con mansedumbre a su sacrificio. Stangl, en Treblinka, se lo tomó tan en serio que ordenó pintar una estrella de David bajo el hastial del edificio de gaseado y colocar a la entrada la cortina negra de una sinagoga en la que todavía podía leerse, escrita en hebreo, la frase de *Esta es la puerta que atraviesan los justos*.

En Auschwitz, la decoración y el humor negro, a pesar del irónicamente esperanzador *Arbeit macht frei*, El trabajo nos hace libres, no alcanzaron jamás semejantes cotas de refina-

miento, pero la puesta en escena resultaba tan efectiva que los prisioneros llenaban las cámaras sin mayores contratiempos. Los quince hornos de los crematorios no daban abasto y los cadáveres se acumulaban de un día para otro. Se hizo evidente que, de seguir así, nunca se alcanzaría el ansiado equilibrio entre el ritmo de ingresos y el de liquidaciones, y por eso, coincidiendo con la llegada de uno de los convoyes procedentes de Łódz, le encargaron al hauptscharführer Moll la excavación de lo que pronto se conoció como *La pira*. En realidad no era una, sino varias fosas de unos cuarenta metros de largo y ocho de ancho, excavadas en el recinto del crematorio V. Allí, de pie y al borde, colocaban a las víctimas y les descerrajaban un tiro en la nuca. Después rociaban los cadáveres con gasolina. Aventada a menudo por los lanzallamas, la pira ardía sin parar y a punto estuvo de desatascar el cuello de botella del crematorio, pero tan expeditivo método se les hacía cansado a los que, como Moll, tenían que apretar el gatillo, así que a veces abreviaban y empujaban a la gente al averno, niños incluidos, sin agotadores prolegómenos. Era un proceso rápido y simple. Llegaban los camiones con su carga humana, levantaban los volquetes y la arrojaban al fuego. El fondo de la fosa tenía, además, una ligera inclinación para recuperar la grasa que salía por un conducto. Moll obligaba a los del Sonderkommando a recogerla en cubos y derramarla de nuevo sobre el fuego, para reavivarlo. Dante, más que un poeta, fue apenas un cronista. El infierno es de este mundo.

Se abrieron por fin las puertas de los vagones y descendieron miles de personas. Las obligaron a dejar sus pertenencias sobre el andén con la promesa de que pronto las recuperarían. Los del Canadá comenzaron a cargarlas en un camión mientras otros presos ayudaban a los SS a organizar las filas. A un lado las mujeres y los niños; a otro, los hombres. En el extremo del andén, los médicos de las SS, con su aspecto impoluto y sus botas brillantes, examinaban a los recién llegados y con un gesto de la mano decidían sobre su destino. Si apuntaban a la

izquierda, hacia el crematorio, en unas horas no quedaría de ellos más que cenizas.

El grupo condenado a morir recorría en apenas diez minutos la distancia entre el andén y el crematorio número II, en el que Carlos trabajaba, así que él y los demás miembros del Sonderkommando se pusieron en marcha. Sumido de nuevo en sus tareas, aletargado por tanto horror, hacía tiempo que ni siquiera pensaba en el miedo y la desesperación de toda aquella gente, en el llanto de los niños aferrados a la ropa de sus madres, en los bebés dormidos en sus carritos, en los hombres y mujeres que, muertos de sed tras largos días sin nada que beber salvo el agua de lluvia lamida en las paredes del vagón, rompían la formación para abalanzarse sobre los aspersores del campo mientras los guardias los contemplaban con silencioso regocijo. Ya no pensaba en eso, no. Desde hacía mucho tiempo, Carlos ya no pensaba en nada.

A través de la rampa metálica del crematorio, los recién llegados fueron conducidos hasta el enorme sótano de paredes encaladas, iluminado por una potente luz. Algunos parecieron tranquilizarse al ver los bancos arrimados a las paredes, los ganchos para colgar la ropa o el enorme cartel en alemán, francés, griego y húngaro, donde se leía: *Habitación de baño y desinfección*.

Una mujer, en tono tranquilizador, comentó:

–Esto se llama orden germano.

De repente, entraron unos soldados y ordenaron a gritos que todo el mundo se desnudase. Por completo. Un murmullo de desconcierto recorrió aquella multitud de casi dos mil personas. Hombres, mujeres, niños y ancianos se miraron unos a otros, preguntándose si quizá habrían entendido mal.

La orden, esta vez en un tono más amenazante, volvió a repetirse: todo el mundo debía desnudarse. Inmediatamente.

El *kapo* ordenó a Carlos que echase una mano. En esos momentos de confusión, su trabajo consistía en calmar a la gente, convencerla de que sólo iban a darse una ducha, ayudar a los

ancianos y a los más débiles a quitarse la ropa. Lo intentó con una señora muy mayor, una abuela bajita y enjuta, de mucho carácter. Hizo el ademán de ayudarla a quitarse las medias, pero ella le apartó la mano. Insistió, pero cuando conseguía bajarle una media, se subía la otra. Comenzó a ponerse nervioso. Los guardias podrían descubrirlos en cualquier momento y molerlos a palos a los dos. Desesperado, le arrancó las medias y las arrojó a un lado. Ella comenzó a mascullar palabras ininteligibles en su idioma. Resultaba evidente, por su gesto y su mirada, que le estaba insultando, pero Carlos se limitó a darle la espalda mientras ella siguió despotricando.

Se detuvo a continuación con una mujer muy atractiva, de unos treinta y cinco años. Iba acompañada de sus dos hijas adolescentes y vestía de forma elegante, lo que era especialmente raro en aquellos convoyes procedentes de Barón Hirsch, el gueto tesalónico de donde la gente llegaba demacrada y hambrienta, cubierta de piojos. Se preguntó de dónde habría salido aquella dama tan bien vestida, aquellas chiquillas cuyos vestidos de blanco impoluto parecían haber resistido milagrosamente el largo viaje desde su país. Las tres permanecían de pie, inmóviles, en medio del gentío abrumado por el miedo y la desesperación, incapaces de superar la vergüenza de desnudarse delante de él, de todo el mundo, delante de sí mismas. Carlos miró hacia atrás por el rabillo del ojo. Si no reaccionaban enseguida, alguno de los guardias se acercaría y todo sería más traumático. Improvisó alguna palabra tranquilizadora en el griego aprendido con otros presos del Sonderkommando y mediante gestos se las arregló para hacerles comprender que se arrimasen a una de las paredes, que él se pondría delante para preservar su intimidad. Nadie las verá, no se preocupen, les mintió en todos los idiomas que pudo mientras les daba la espalda. Ellas, poco a poco, se fueron desvistiendo. En ese acto de desprenderse de aquellas piezas de ropa, tan delicadas, entrevió una vez más el horror de aquel sistema destinado a despojar a las personas de cualquier rastro de dignidad. Gesto a

gesto, prenda a prenda hasta el final. La forma más lenta de morir que jamás se hubiera inventado.

Después, las perdió de vista.

Cuando todo el mundo se hubo desnudado, un SS abrió la gran puerta de acceso a la cámara, a la que le habían modificado los goznes para que las hojas batiesen hacia afuera y no se bloqueasen con los cadáveres acumulados en el interior. También habían colocado una mirilla para comprobar la evolución de la agonía, y la habían protegido con una reja para evitar que los golpes desesperados de la gente rompiesen el cristal. Todo estaba muy controlado, muy medido y ensayado, no en vano a esas alturas del verano de 1944, por aquella cámara y por las otras tres, habían pasado ya cientos de miles de personas. De hecho, entre los miembros del Sonderkommando solían comentar que, de seguir a ese ritmo, los nazis pronto lograrían su objetivo de eliminar hasta el último judío europeo. Lo que parecía imposible, estaba a punto de consumarse.

La gente fue entrando en la gran estancia, de unos treinta metros de largo, bien encalada y mejor iluminada. Las mujeres y los niños primero, los ancianos a continuación y, por último, los hombres. Esto, como todo, tenía una explicación: los hombres, azuzados y golpeados por los SS, presionaban hacia adentro y así cabía más gente. Pura practicidad.

A pesar de las explicaciones, cundía el nerviosismo y el llanto de los niños desgarraba el aire plomizo, agobiante. Ya no había bancos, ni ganchos para la ropa, sino cebollas de ducha en el techo y una especie de columnas cilíndricas en el centro, cubiertas por una rejilla. Algunos se quedaban mirando a las cebollas, esperando que cayese el agua en cualquier momento, e incluso una mujer hizo ademán de salir para protestar porque las duchas no funcionaban. Fue apaleada sin contemplaciones, ante el horror de los demás. La ficción había concluido.

Una voz anunció:

–Los SS y sonderkommandos abandonan la habitación.

Y entonces las puertas se cerraron y la luz se apagó.

La señora Bolíbar escribía en el encerado cuando entraron en la clase. Los niños se giraron hacia atrás y los miraron con curiosidad. Flotaba en el aire un dulce olor a sudor infantil. Echaron una ojeada alrededor, rápida, nerviosa. Vieron a su derecha, en la pared, los dibujos de los alumnos claveteados en un panel de corcho, y a la izquierda, a través de un enorme ventanal de cortinas descorridas, el patio de la casona con columpios de madera y un murete de perpiaño cubierto de buganvillas rojas.

Percibiendo un revuelo inusual a sus espaldas, la señora Bolíbar se volvió hacia ellos. Llevaba una larga falda, una camisa morada arremangada hasta los codos y el cabello recogido en un moño con tupé que la hacía parecer más alta de lo que en realidad era. Esbozó una leve sonrisa, dejó la tiza en un cajetín de madera, sobre la mesa, y dijo en tono amable mientras se limpiaba las manos con una bayeta:

–Buenos días. Ah, Lucas, ¿vienes a por tu hermano?

¿De qué coño hablaba esa burguesa?, se preguntaron todos, volviéndose hacia Lucas, que, rezagado junto a la puerta, se había puesto como un tomate. ¿Su hermano, en la clase de la señora Bolíbar? Pasaron una mirada rápida por los pupitres y enseguida lo encontraron. Sí, allí estaba Nené, sentado en una esquina, alborozado ante la inesperada visita. Elena miró con furia a Lucas. ¿Por qué no había dicho nada?

La señora Bolíbar hizo ademán de bajarse de la tarima, pero Elena la detuvo en seco.

–Esto no tiene nada que ver con el hermano de Lucas. Venimos a hacer cumplir la ley.

–¿La ley? –preguntó la maestra, extrañada.

Sobre la clase se abatió un silencio plomizo. Miguel, las manos inquietas, hundidas en los bolsillos de su mono, crispaba la mandíbula. A un gesto de Elena, él y Carlos avanzaron por el pasillo hasta detenerse bajo el crucifijo que, colgado sobre el encerado, presidía la clase.

–Le recuerdo que la Constitución de la II República –habló en voz alta Elena mientras se ajustaba su gorro frigio, ese tic de sus circunstancias más solemnes– consagra el laicismo del Estado y la obligación de maestros y profesores de respetarlo. También, la de cumplir la orden de la dirección general de Primera Enseñanza que obliga a retirar los símbolos religiosos de las clases.

La señora Bolíbar, y con ella todos los niños, volvieron su mirada hacia el crucifijo. Daba la sensación de que hasta ese momento nadie había reparado en él.

–¿Conoce la orden, *señora*? –insistió Elena, pronunciando la última palabra con evidente sarcasmo.

–Por supuesto que la conozco –alzó el mentón la maestra, sin arrugarse–, pero olvida usted que esto no es un centro de enseñanza, sino una casa. Y en un domicilio privado, cada uno puede hacer lo que le plazca.

Los cinco amigos se miraron de reojo, desconcertados. ¿Cómo no lo habían pensado antes? Tantas semanas preparando esa acción, tanto debate en la sede del partido y nadie había reparado en que aquello era una casa adaptada para dar clases a niños, pero una casa particular al fin y al cabo, y que en consecuencia difícilmente podría aplicársele la ley de Primera Enseñanza.

–¡Nos da igual si es particular o pública! ¡La ley es la ley! –reaccionó Elena, espoleada por la actitud desafiante de la señora Bolíbar, que bajó de la tarima y le habló con cierta condescendencia, sosteniéndole la mirada.

–Pues si tanto le importa la ley, señorita, sabrá que sólo obliga a retirar los símbolos religiosos de las clases cuando algún padre lo haya solicitado expresamente, y hasta el día de hoy eso no ha ocurrido aquí.

–Ah, ¿no? –sonrió con sarcasmo Elena, poniendo los brazos en jarras–. ¡Eso no se lo cree nadie!

–Pues si no me cree, lo tiene usted muy fácil. Traiga a un solo padre que quiera retirar ese crucifijo, y yo misma lo haré.

Elena calló durante unos segundos. Por un momento pareció que aceptaría esa propuesta, pero de repente, sin mediar palabra, caminó hacia el encerado con el gesto iracundo, arrancó el crucifijo de la pared, lo arrojó al suelo y lo pisoteó con saña. La tarima se cubrió de trozos y esquirlas de madera, y entre los niños brotó un murmullo amedrentado.

De pie en medio del pasillo, la señora Bolíbar observó la escena con un gesto de conmiseración que avivó aún más el carácter incendiario de Elena. Desbocada, se acercó a un niño sentado en la primera fila y le abrió la camisa con tanta fuerza que le hizo saltar los botones. El brillo de una cadena y un crucifijo dorados restalló sobre su piel pálida. Con un gesto rápido, Elena se los arrancó y los lanzó al patio a través de los ventanales abiertos de par en par para aliviar el calor.

–¿Está usted loca? ¿Cómo se atreve? –protestó la señora Bolíbar. Pero Elena, ignorándola, continuó haciendo lo mismo con los demás alumnos.

–¿A qué estáis esperando? –le gritó a los demás, mientras crecía el tumulto y los chiquillos se echaban a llorar.

María y Lucas, incapaces de reaccionar, permanecieron en la entrada, pero Miguel y Carlos saltaron de la tarima y comenzaron a arrancar camisas, mandilones, camisetas raídas en busca de crucifijos, de vírgenes, de cualquier símbolo religioso colgado del cuello de aquellos inocentes. Los niños los miraban aterrorizados. Carlos se acercó a uno de ellos, un pequeño de unos cinco años, de ojos azules y mejillas sonrosadas. Se reconoció en su camisa, una camisa raída, de mangas con los

bordes deshilachados, mil veces lavada y mil veces planchada, la camisa de un niño pobre como Carlos lo había sido (ahora ya no era un niño, pero seguía siendo pobre), heredada de hermano a hermano y cuidada con esmero para permitirle asistir a las pasantías con la mayor dignidad posible, una camisa que Carlos abrió de un tirón para encontrarse con un pechito pálido, pequeño y estrecho como el de un cabritillo, que subía y bajaba frenéticamente al ritmo de su respiración agitada. No encontró crucifijo ni virgen alguna, sino tan sólo la sombra de su pantalón mojado. La pobre criatura se había orinado encima, pero ni siquiera eso le conmovió. Lo apartó con la mano, como quien aparta un juguete roto, y siguió con el siguiente.

–¿Y vosotros qué? ¿A qué esperáis para ayudarnos? –gritó Elena, dirigiéndose a Lucas y María, que seguían paralizados junto a la puerta de entrada y que tímidamente comenzaron a registrar a los niños que tenían más cerca.

Los pequeños lloraban. Su lamento de corderos sacrificiales, lejos de aplacar el ánimo de los atacantes, los soliviantaba. Volaban por el aire las cadenas, las vírgenes y los Cristos clavados a su cruz, mientras resonaban entre las cuatro paredes las quejas de la señora Bolíbar y los chillidos de los niños. Elena y los suyos rebuscaban en los cuellos delgados y sudorosos, ajenos a las miradas de terror, a los rostros congestionados por los mocos y el llanto, y cuando encontraban un Jesucristo en la cruz, las piernas dobladas, el diminuto gesto de dolor, la diminuta y ensangrentada llaga en el costado, lo alzaban al aire como un trofeo de caza antes de arrojarlo a las buganvillas. Ciegos de ira, se observaban unos a otros ejecutando aquella acción tantas veces planificada y eso les hacía sentir una suerte de placentero furor ideológico que les recorría el cuerpo y les infundía una determinación desconocida. Así fueron pasando de niño a niño, sin pausa y sin consuelo, hasta que Carlos se encontró, agazapado en una esquina de la clase, al hermano de Lucas.

–Nené... –dijo, y arrastrándolo por un brazo, se lo llevó hasta la tarima. Elena y Carlos se acercaron. El chiquillo esta-

ba tan aterrorizado como si fuesen a fusilarlo. Algunos niños se levantaron y se agarraron a la falda de la señora Bolíbar, buscando su protección. En medio del caos, la maestra mantenía la presencia de ánimo, trataba de calmarlos con palabras y gestos tranquilizadores. Había en esa actitud algo que enardecía a Elena y al mismo tiempo la confundía, una indefinible superioridad moral, una sutil compasión ante la ceguera de aquellos jóvenes que habían irrumpido de forma tan violenta en su pequeño paraíso.

–¡Ven aquí, Lucas! –gritó Elena desde la tarima.

Lucas obedeció la orden y se acercó con la cabeza gacha, mientras Elena agarraba a Nené por la espalda. Los sollozos de los niños se atenuaron, sustituidos por un silencio expectante.

–Venga, ábrele tú mismo la camisa.

–¿Yo? –preguntó Lucas, con un temblor en los labios.

–Sí, tú.

Los labios de la señora Bolíbar se torcieron en un gesto de Gioconda. Resultaba difícil aventurar si estaba sufriendo o si todo aquello le provocaba una lástima infinita.

Lucas agarró por el pecho la camisa de su hermano.

–¡Vamos! –lo azuzó Elena– ¿A qué coño estás esperando?

Y entonces Lucas tiró de la tela, y sobre el esternón de Nené apareció una cadena muy fina, de la que colgaba una diminuta virgen de Fátima.

–¡Lo sabía! ¡Arráncala! ¡Arranca esa mierda de una vez! –resopló, iracunda, Elena.

Lucas, incapaz de obedecerla, se abrazó a su hermano y rompió a llorar. Entonces Elena los arrastró hasta la puerta de salida y los echó de la clase, consumando su gesto con un sonoro portazo. Después se abrió paso entre el enjambre de niños que se arremolinaban alrededor de la maestra y se encaró a ella. La señora Bolíbar, como si adivinase sus intenciones, esbozó de nuevo esa sonrisa serena que tanto soliviantaba a la capitana mientras se desabrochaba los botones de su propia

camisa. Una elegante cruz plateada se mostró ante los ojos de los atacantes, recostada sobre el bulto incipiente de los pechos.

–Tu turno, maestra –masculló Elena, y con un gesto rápido arrancó la cadena con su cruz de un tirón y las arrojó al patio. Las buganvillas rojas engulleron con avidez su luz titilante. Como si llevasen toda la tarde, toda la vida esperándola.